

La espuma del mar

Mr. Arkadin

A la propecta edad de ochenta años, Catalina Naunet se metió en el mar por primera vez. Nunca antes se había atrevido, alegando que le daba un miedo tremendo aquella inmensidad. Y eso que vivía en Isla Cordelia desde que desembarcó un día muy lejano de abril, tímida y tan poquita cosa que hizo temer a las gentes del lugar que el viento, que por aquellos lares soplaba con la fuerza de un Eolo ebrio de poder, la arrastrara lejos de allí. Formaba parte de la expedición de mujeres invitadas por el gobernador para encontrar esposo y repoblar aquella tierra dura, abandonada de la mano de Dios. Nunca tuvo hijos. Abortos, sí. Cinco. Pero hijos, ninguno. No pocas fueron las voces maledicentes que desde detrás de los postigos o al calor de la lumbre cuchichearon sobre sus problemas de infertilidad. «Ya venía defectuosa», dijeron unos. Otros aseguraron que su apariencia desvalida fue la que encandiló a Solomon Prin, su marido, un pobre hombre sin demasiados arrestos.

Vestida de luto todavía por la muerte de Solomon, fallecido de unas fiebres oceánicas una década atrás, se descalzó a la orilla y caminó por los guijarros de la playa con pasos trémulos y el refajo remangado a la altura de las rodillas. El agua andaba demasiado templada para las fechas que eran: principios del mes de octubre. «¿Adónde irá la vieja Catalina? Mira que la ocurrencia, a sus años», dijo una vecina que la vio de espaldas en su propósito firme de disipar su pavor al mar. Salvo ella, no se veía un alma en la playa. «Habrás perdido la chaveta del todo», añadió otra. Parecía a lo lejos una de esas poetisas melancólicas que cansadas de los fraudes de la vida buscan el descanso eterno entre algas y corales.

Tardó casi media hora en conseguir que el agua le lamiera las ingles. Más adentro no se atrevía, pues no sabía nadar. Pececillos del tamaño de un dedo se movían entre sus piernas. Apenas unos metros la separaban de la orilla. Los latidos del corazón, furiosos poco antes, se fueron

serenando al ver que no pasaba nada, acompasados al ritmo de las breves olas. Incluso chapoteó un poco con las manos sobre la superficie de aquel espejo líquido, igual que una chiquilla juguetona. Había bajado la guardia cuando notó de súbito un calor extremo que le nacía en los dedos de los pies y trepaba como tentáculos hasta lo más íntimo de sus entrañas de mujer. Jamás había sentido nada parecido estando con Solomon, desnuda y en la cama. Fue como si un volcán quisiera entrar en erupción desafiando el poder del agua. Los ojos se le enturbiaron, llenos de gotas de niebla. Supo entonces que iba a perder el conocimiento y temió por su vida. Retrocedió lo más rápido que pudo hasta que una ola toda espuma se alzó sobre su vientre y la arrojó impetuosa al borde del mar. El agua besaba y relamía sus pies con lujuriosa delectación.

Catalina Naunet se quedó allí tumbada, con los brazos en cruz y los ojos muy abiertos, mirando al cielo infinito. Semejaba a esos orates que atraídos por el influjo de la luna podían pasarse horas y horas mirando la sagrada hostia del firmamento, a la espera de una señal. «Puede que se haya roto la cadera», opinó alguien. Estaba desmayada, que no muerta, como pensaron los primeros vecinos que corrieron a la playa para socorrerla. No respondía a su nombre ni a los suavitos toques que alguien le daba en las mejillas para que despertara de aquella catatonía de estupor. «Nunca vi semejante expresión de felicidad en rostro de hembra», dicen que dijo otra que había contemplado toda la escena desde la ventana de su casa a los pies de su cuerpo yerto y mojado. Hasta el párroco se acercó por si hubiera de darle la extremaunción sobre el terreno.

Entre unos cuantos la metieron en la parte de atrás de una carreta y la acercaron a la Casa de Socorro. Fue en la camilla, mientras el doctor le apuntaba con una linternita en los ojos, que recuperó el conocimiento con un suspiro largo y juvenil. «¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Está bien mi hija?», preguntó alarmada. El médico la tranquilizó al ver tamaño desasosiego. Seguramente se había golpeado en la cabeza con la caída y esa era la razón de su desvarío. Tal vez rememoraba años pasados en los que su vientre acogía primero y rechazaba después el fruto conjunto de sus propios óvulos con el semen de Solomon Prin. Pero ella, ajena a cuantos la rodeaban, insistía en preguntar

por su hija. Y llevándose la mano a la carne flácida de su abdomen anunció su embarazo con una sonrisa de oreja a oreja: «Estoy nuevamente preñada. Esta vez, sí», dijo.

Nadie la creyó como es lógico. Una sierpe de risas se extendió por toda Isla Cordelia. «Infundios de vieja chiflada», dijeron. Se reían de ella dando por hecho que era un cojín lo que abultaba su barriga bajo la tela de sus vestidos negros de viuda sin hijos. Hasta que a los nueve meses exactos de su primer y único baño en el mar dio a luz a una criatura a la que impusieron más tarde el nombre de Gianira. El doctor Azariel Ferreiro fue quien la asistió en el parto. Declaró, despojándose de sus guantes de látex, que en todos sus años dedicado a la medicina jamás había visto nada igual. «A veces, hasta los hombres de ciencia hemos de enfrentarnos a lo que carece de explicación», dijo. Si ya era raro que una octogenaria quedara encinta sin contacto con varón, más lo fue la forma en que parió: sin esfuerzo ni dolor, desaguada, como si un río rojo le saliera de dentro y derramara un pez piernas abajo.

De Catalina Naunet quedó apenas una piel de pergamino reseco extendida sobre la sábana. La orografía de sus huesecillos se dibujaba como las tierras de un país ignoto contempladas en la lente de un catalejo. La noticia paralela de su muerte y su parto, como las dos caras turbias de una moneda singular, recorrió célere las calles de Isla Cordelia, llegando hasta el último de sus rincones. Hubo quien lo llamó milagro y también quienes pidieron la intervención del padre Clarión, por considerar que aquello solo podía ser cosa de magia o brujería, mañas del maligno.

Pero la niña, examinada por la ciencia y la religión, era, en apariencia, completamente normal. Tenía sus diez deditos en las manos y también en los pies, orejas, ojos, nariz y boca, y cada órgano, al parecer, en su lugar. No quedó ciega al ser rociada con agua bendita ni se le quemó la carne de la frente al imponérsele la señal de la Santa Cruz. Ningún estigma la marcó como tampoco profirió exabruptos en el arcaico lenguaje de los demonios. «No hay por qué recelar. Más me inclino por el milagro de Dios que por la posesión satánica. Al Todopoderoso le gusta manifestarse a través de las personas más desvalidas. Y ya sabemos lo que se dice de Él: que sus caminos son inescrutables», dijo el padre Clarión a las beatas que se acercaron a la iglesia. Quizá en su fuero

interno llegara a creerse que la niña podía ser la hija del mismísimo Padre. Si el Hijo vino anunciado por una paloma y fue engendrado en el seno de la Virgen María, ¿por qué no podía haber tomado ahora el cuerpo de aquella anciana para iluminar con su venida los tiempos tan oscuros que les habían tocado vivir? Una segunda y larga guerra había dejado un reguero de cadáveres por media Europa. Solo de pensar en ello sintió una ráfaga de remordimientos. «Pecado. Pecado. Blasfemia.» Pasó un día entero arrodillado a los pies del altar, rezando padrenuestros y avemarías y credos y cuantas oraciones había aprendido en el seminario para ahuyentar aquel mal pensamiento.

El matrimonio formado por el doctor Ferreiro y Greta Estepa, su esposa, que llevaba media vida intentando infructuosamente tener hijos, rellenó algunos documentos y se hizo cargo de la huérfana. El sol regresó al rostro de Greta cuando tuvo a Gianira –el nombre que eligió para ella– en brazos por vez primera. Le pareció la niña más bonita y especial del mundo. Aquellos ojos grandes y redondos como bolas de billar la miraban confusos y agradecidos. En su desvalimiento, ambas se necesitaban.

Todas estas cosas contaban en Isla Cordelia, un lugar en el que los cuentos tejían tapices con la realidad, con hilos tan fuertes y entrelazados que resultaba del todo punto imposible determinar dónde concluían unos y dónde comenzaba la otra. La historia de Catalina Naunet y su mancha pasó de madre a hija y así fue creciendo la leyenda. Nada pudieron hacer el doctor Azariel Ferreiro ni su mujer para enterrar en el olvido los orígenes de Gianira, cuya concepción aún continuaba siendo parte de los misterios de Isla Cordelia.

Han pasado ya muchos años de aquello y solo yo, que ya no vivo en la isla, me he atrevido a contar la verdad de lo que ocurrió después con la hija de Catalina Naunet. Fui, como otros, inductor de la desgracia, testigo de su desaparición. Pero firmamos un pacto verbal de silencio; callamos para alejar la culpa. Solo éramos niños.

Gianira creció en un entorno feliz, protegida en exceso por unos padres que querían alejarla de miradas y murmuraciones. Notaban cuando la sacaban de paseo en el carrito que no eran pocos quienes los saludaban sin acercarse demasiado ni preguntar por la salud de la niña, para susurrar

nada más volver el rostro. Las continuas explicaciones del padre Clarión no convencieron a los habitantes de Isla Cordelia, que seguían considerando a la chiquilla una hija bastarda del mar. Gentes supersticiosas capaces de inventar un universo de sirenas, tritones y monstruos marinos con tal de dar sentido al hecho de que una anciana de ochenta años hubiese sido fecundada por la espuma del océano. Como si fuera una de aquellas mortales con la que el Zeus olímpico yaciera en su afán de extender una vasta prole de héroes y semidioses en la Tierra, bien transformado en toro, calando cual lluvia dorada o convertido en cisne de fálico cuello.

Los juegos de Gianira eran una sucesión de soledades infantiles, pues desconocía el contacto con otros niños. Tenía las mejores muñecas, las pelotas que botaban más alto, la bicicleta más bonita de toda Isla Cordelia; sin embargo, carecía de compañeros con los que compartir tiempo y juguetes. Y solo se la veía realmente contenta cuando se bañaba dentro de la alberca, en la que se podía pasar horas y horas en cualquier estación del año. Lo sé porque mi madre, Dori Zalea, trabajaba en casa de los Ferreiro-Esteba. «Qué lástima de criaturita, siempre sola», decía algunas noches en casa, mientras cenábamos. Ella quería ayudar, hacer algo para paliar tantísima soledad. Aunque no tenía estudios y a duras penas sabía leer y escribir, comprendía que la falta de contacto con la realidad solo podía ser un lastre para el futuro de Gianira.

Un día me llevó con ella a aquella casa. Me vistió y peinó para la ocasión porque no quería que pareciera un haragán. Como los demás niños de Isla Cordelia, también yo solía ir sucio, lleno de churretes y costras en rodillas o codos por culpa de peleas o caídas. «A ver cómo te portas, ¿eh? Que la señorita es una niña muy delicada y tú un bruto», me aleccionó antes de llamar a la puerta. Le abrió la esposa del médico, que se extrañó al verla en compañía. «Verá, señora, he pensado que a lo mejor querría que mi hijo jugara con Gianira», dijo mi madre pidiendo permiso. Las personas sencillas son las que hacen un favor con la humildad de mostrarse ante los demás como beneficiarias en lugar de como benefactoras. La mujer me miró de hito en hito y negó con la cabeza. «Prefiero que no, Dori. Que se vaya», dijo displicente. Un beso de despedida en la cabeza fue cuanto recibí aquel día.

Cuando llegó la hora, no les quedó más remedio que llevar a Gianira al colegio. Si bien los primeros años tuvo un tutor, que le fue enseñando muchas más disciplinas de las que pudiera haber aprendido en el parvulario, finalmente decidieron escolarizarla. La madre lloraba todo aquello que la niña tragaba para adentro –impertérrita a lo que el destino pudiera depararle–, cuando la dejó a la puerta de la escuela el primer día de clase. El padre Clarión, su confesor, le pidió que se marchara tranquila a casa, que la niña estaría bien allí porque él cuidaría de ella. Era la primera vez que se iban a separar durante tanto tiempo. Antes ya la había advertido de los mil peligros que podrían acecharla en la compañía de aquellos niños rudos y malhablados que serían sus compañeros.

Su forma de vestir. Su manera de hablar. Sus modales. Incluso sus gestos y movimientos. Todo difería de nuestra manera habitual de vivir y comportarnos. No era de extrañar entonces que los demás la miraran con desconfianza, tanteando el terreno, estudiando sus puntos más vulnerables, el modo de hacerle daño sin que al principio se notara demasiado. Yo no. Venía aleccionado de casa por mi madre, que continuaba al servicio de sus padres. «Esa chiquilla necesita mucha ayuda y comprensión, Héctor. Cúdala, hijo», me dijo. «Porque como yo me entere de que no la tratáis bien en la escuela te saco los higadillos», añadió como quien no quiere la cosa, sin asomo de enfado, mientras pelaba patatas.

Bien por intersección de mi madre, de doña Greta o del cura, la asignaron a mi pupitre. Según las monjas que impartían las clases, yo era uno de los pocos alumnos sumisos y estudiosos de los que tal vez se pudiera hacer carrera. El resto eran todos unos zoquetes a quienes esperaba un futuro de marinería y pesca o el honroso oficio de cuidar del hogar y de los muchos hijos que Dios quisiera en el caso de ellas.

Sor Mauri la presentó como «la niña nueva», la hija del doctor Azariel Ferreiro y de su mujer. Nadie se atrevió a corregir a la maestra, aunque sabíamos que ella era en realidad la hija de Catalina Naunet, la vieja a la que preñó el océano. Nos pidió paciencia y comprensión cristiana para una criatura (utilizó esa desafortunada palabra) que apenas sabía nada del mundo. En mí recayó el encargo de ser su guía.

Gianira era delgada y elástica como una morena. A trechos se movía con pasos zigzagueantes, girando el cuello rítmicamente a derecha e izquierda, siempre alerta, sin perder detalle de cuanto la rodeaba. Sus ojos grandes, redondos y muy abiertos, lo observaban todo con prevención; diríase que permanecían expectantes sin saber exactamente por qué. Nos miraba como si fuéramos bichos raros, cuando en realidad la única rara allí era ella. De cuando en cuando ponía la boca pequeñita y la abría y cerraba con intermitencias sonoras parecidas a las que provoca la gota de agua que cae de un grifo mal cerrado.

En los días, semanas y meses siguientes a su ingreso en el aula traté por todos los medios de ser su amigo. He de decir que fracasé en el intento. Si la amistad se basa en la confianza mutua y en compartir intereses y secretos, Gianira y yo no éramos amigos, ni camaradas siquiera, si acaso simples compañeros de mesa que se prestaban el lápiz o confeccionaban un mural juntos. «¿Qué habéis hecho hoy en clase? ¿Está contenta Gianira? ¿Alguien se mete con ella?» El bombardeo constante de mi madre me llevaba a entreverar relatos plagados de medias verdades y mentiras a medias con una sutileza tal que más tarde ayudó a comprender cuál habría de ser mi verdadero oficio, aquello para lo que servía. Callé que los niños y niñas del colegio urdían constantemente mil y una maneras de incomodarla, de hacerle la vida imposible. Hasta el padre Clarión y sor Mauri comenzaron a cogerle inquina a aquella niña repelente y huidiza que se sabía diferente a los demás. La mejor en matemáticas: resolvía los cálculos y problemas antes de que terminaran de plantearse. Leía de corrido con perfecta entonación textos difícilísimos y escribía sin tachaduras ni faltas de ortografía. Recitaba de memoria larguísimos poemas cuajados de palabras incomprensibles. Todo ello unido a su físico y su modo de estar como ausente, lejos de convertirla en una líder o en alguien digno de admiración, despertaba un malsano encono en sus compañeros y profesores. De hecho fueron estos últimos los que abrieron la veda definitivamente con la dejación de sus responsabilidades, mirando para otro lado. Aunque en honor a la verdad he de decir que jamás vi a Gianira quejarse. Y dudo mucho que fuera con el cuento a sus padres. De haber llegado a oídos del doctor Ferreiro y su esposa las pequeñas infamias que a diario se cometían contra su hija solo por

ser distinta, hubieran puesto el grito en el cielo, denunciando las malas prácticas docentes o llevándosela a otro colegio lejos de aquel lugar.

Gianira aguantaba estoicamente las pullas de los otros sin prestarles demasiada atención. Trabajaba con la cabeza gacha en clase y se aislaba en el recreo con alguno de los muchos libros que leía. «¿Todo bien en la escuela? ¿Cómo te llevas con Gianira? Podías invitarla algún día a casa a merendar», seguía insistiendo mi madre, a pesar de que era consciente de la inutilidad de su propuesta porque Greta Estepa no lo permitiría. Todo se reducía en el fondo a una sobreprotección y a una notable distinción clasista. Su hija estaba por encima de todo el vulgo de la isla, gentes del mar en su mayoría.

Yo era el único, por temor y respeto a mi madre, que la toleraba, intentando estar a su lado para que nada malo le ocurriera. Pero a mí también me gustaba jugar al fútbol y al pilla-pilla y al amo del montón y a las peleas a caballo. No quería poner en riesgo mi pertenencia al grupo ni mi libertad al servicio de alguien que ni siquiera reaccionaba a ninguno de mis estímulos. Si le hablaba, me respondía con monosílabos. Si le proponía cualquier cosa, negaba indefectiblemente con la cabeza. Así pues, poco a poco, también yo me fui alejando de Gianira. Quizá aquello supuso el comienzo y el fin de todo. Tal vez la culpa debiera recaer en mí y solo en mí. Es más que probable que escribirlo aquí sea solo una forma de expiar mi pecado, la única manera que se me ha ocurrido de buscar redención, para que mi memoria no se pudra con el secreto. De una vez por todas, su historia dejará de formar parte de la leyenda de Isla Cordelia; al fin se sabrá la verdad.

A ella solo se la veía realmente feliz los días de lluvia. Salía al centro del patio y abría mucho los brazos y la boca, para que se le inundara del frescor del agua. Los demás niños y los maestros la contemplábamos protegidos del aguacero bajo el porche, muchos riéndose de ella, tachándola de loca. «¡Niña, ven aquí inmediatamente! No ves que vas a coger frío y te resfriarás», la llamaba sor Mauri con ostentosos gestos. «Que se quede ahí. Dejadla. A ver si pilla una pulmonía y se le quita esa tonta manía. Parece que lo que le gusta a Gianira es llamar la atención», decía con rabia contenida el padre Clarión.

Fue una de esas tardes lluviosas cuando de manera instintiva y sin premeditación se desencadenó la tragedia. Su madre guardaba reposo en cama aquejada de unos terribles dolores de cabeza y no podía ir a recogerla a la salida del colegio. El doctor Azariel Ferreiro se encargaría. Pero una urgencia lo retuvo en la Casa de Socorro y se demoró más de la cuenta. Gianira, sin saber qué hacer, puso rumbo a su casa andando. Era la primera vez que se veía en semejante situación. Los niños y las niñas vieron la oportunidad de darle un susto de verdad. Ya no estaban en clase. Fuera de las paredes de la escuela no había reglas ni normas: en el ejercicio de su libertad (o de su maldad) tenían carta libre. «¿Tú no vienes Héctor? No serás un cobarde, ¿no?», me dijo el cabecilla del grupo. Pensé en mi madre, en lo que diría y en lo que me haría si se enteraba de que también yo me burlaba de Gianira y participaba de las chanzas y ataques de los que era objeto. El gregarismo pudo más que el miedo a la zapatilla de casa o a la palma de su mano grande de mujer que no había hecho otra cosa en su vida más que trabajar. «Claro. ¿Qué pensáis hacer?», pregunté temeroso. «Ahora lo verás», dijo.

Le cortamos el paso y la obligamos a tomar otras calles, desvíos que la alejaban de su hogar. La intensidad de la lluvia menguó. «¿Qué hacéis, niños? ¿Adónde vais?», preguntó una mujer que caminaba por la acera refugiada bajo el caparazón negro de su paraguas. Nadie le respondió. Sin saber muy bien qué ni por qué, todos parecíamos tener muy claro lo que había que hacer. Conseguimos que Gianira saliera a campo abierto y, una vez allí, comenzamos a perseguirla. Corrimos tras ella. Insultándola. Arrojándole piedras. Llamándola bicho raro, hija del mar, espuma de vieja. Ella, con su mochila de cuero a la espalda, corrió en dirección a los acantilados, los zapatitos manchados de barro. «¡Magnapínido! ¡Isópodo marino!», grité con todas mis fuerzas intentando hacerme oír por encima del resto de voces. Las palabras me salieron desde el fondo del alma, igual de turbia que la de los demás niños de Isla Cordelia.

Curiosamente, Gianira no parecía estar asustada. Huía para escapar de nosotros, pero ni lloraba ni llamaba a nadie pidiendo auxilio. Como si solo quisiera cumplir con su destino.

De súbito las nubes desaparecieron y un sol metálico destalló suspendido en el cielo como una cometa que se hubiera escapado de entre los dedos de un chiquillo. Casi al filo de los acantilados, Gianira se detuvo y se giró. Enfrentó con desprecio y superioridad nuestras miradas. Juraría que a mí me miró con más detenimiento, quizá escrutando qué llevaba a alguien como yo a ser uno y otros al mismo tiempo. Agaché la cabeza avergonzado. Boqueaba apurando un aire mineral que le regurgitaba en los pulmones. Lo atribuí al cansancio de la carrera. Con la mano apartó la mezcla de sudor y lluvia de su frente. Reparó en lo cerca que estaba del abismo. El mar golpeaba furioso con olas y espuma la imperturbabilidad de las rocas. Su corazón, igual que los nuestros, latiría con fuerza. «¿Y ahora qué», me pregunté. Ella nos facilitó la solución a la disyuntiva en la que nos hallábamos. Gritó exhalando un último aliento de aire terrestre: «¡Cobardes! ¡Gallinas! ¡Caponos!»

Una horda de niños se acercó y la hizo retroceder unos pasos. Solo un par de pasos. Porque justo en ese momento, ajena a todo, se volvió y saltó al vacío. Solo yo me atreví a contemplar su caída. Me hubiera gustado tenderle la mano para que se aferrara a ella y decirle que todo había sido una broma, que no pasaba nada, que viniera conmigo a casa donde mi madre nos prepararía una rica merienda con pan y chocolate hasta que su padre, el doctor Ferreiro, la recogiera en su coche. Pero nada de eso fue necesario. En el vuelo, la ropa fue desapareciendo como por ensalmo. También la mochila. Su piel metálica emitió brillos azules y verdosos. Sus escamas imitaban a la plata. Sus extremidades mutaron en aletas. Y justo antes de caer al agua, Gianira abrió sus branquias para que el oxígeno del océano penetrara a intensas y refrescantes bocanadas en su organismo. Al fin la hija de Catalina Naunet se encontraba en su medio, el lugar al que siempre había pertenecido.